

LUIS MORALES

Un amor como éste





Un amor como éste

COLECCIÓN  
LITERADURA

Luis Morales

# Un amor como éste



Primera edición: mayo de 2015

© Luis Morales, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-943769-3-1

Dep. Legal: M-14502-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Madame Personne*

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Un amor como éste





*Hace frío en todo cuanto pienso*

FERNANDO PESSOA, *LIBRO DEL DESASOSIEGO*



A Ofélia Queiroz, *in memoriam*



## Prólogo

EN OCTUBRE DE 1919 el poeta Fernando Pessoa conoció a la joven Ophélia Queiroz<sup>1</sup> en las oficinas de la Baixa lisboeta donde ella entró a trabajar como mecanógrafa y él ya ejercía sus funciones como traductor de correspondencia comercial. Al poco tiempo iniciaron una relación amorosa que habría de durar hasta noviembre de 1920 y que, tras nueve años de separación, se retomó en el verano de 1929, para frustrarse de nuevo, y definitivamente, al cabo de los meses, si bien el contacto entre ambos se mantuvo hasta la muerte del poeta en 1935. Dicha relación se conoce a través de las cartas que él le escribió a ella: 48 cartas publicadas en 1978 en una edición precedida de un relato aclaratorio de la propia Ofélia, septuagenaria por entonces (sobrio y pudoroso testimonio, que tituló

---

1. Ophélia u Ofélia Queiroz o Queirós, indistintamente, por obra y gracia de la reforma gramatical y posterior Acuerdo Ortográfico entre Portugal y Brasil, de 1931.

*O Fernando e eu*, pero valiosísimo, dado que prácticamente es todo cuanto hizo público), y de las cartas de ella a él, hechas públicas parcialmente y por primera vez en Portugal en 1996, e inéditas en castellano hasta *Un amor como éste*, y publicadas solo años después del fallecimiento en 1991 de Ofélia. Ambas familias, Queiroz y Pessoa, en cuyo poder se conservaban las cartas del uno y de la otra, siempre pensaron que suponía un atentado contra su intimidad divulgarlas, pero visto el interés creciente que despertaba año tras año y hallazgo tras hallazgo la figura del poeta, que corría el riesgo de quedar fuera de cualquier clase de medida o control, se hizo impostergable sacarlas a la luz. Entre los estudiosos del poeta, seguidores incondicionales y lectores de medio mundo hubo división de opiniones, pero leer estas cartas fue para todos y sigue siendo un poco como lo que supuso descubrir, cuando uno es un preadolescente que se adentra (torticeramente, como no puede ser de otra forma) en los misterios de la reproducción humana, la sexualidad y el deseo, que tus padres también practican sexo en la intimidad infranqueable de su habitación de matrimonio... y por esta particular circunstancia, leer *Un amor como éste* viene a ser como pegar la oreja en la puerta de tan sacrosanta habitación.

Aparte de esta correspondencia, apenas existen testimonios, siempre aislados, demasiado vagos y exiguos, que recreen o recuerden este amor. Ni siquiera de los familiares o amigos más cercanos, pues fue esta una relación llevada con suma discreción y nunca oficializada. Además, cuando el interés por Fernando Pessoa se desbordó hacia todo lo que concerniese a su vida privada ya habían pasado demasiados años de aquello y los recuerdos se habían ido borrando y tergiversando, o quienes los tuviesen, sencillamente, habían ido muriendo. En cualquier caso, el de Ofélia fue el único amor conocido del poeta, el único en los 47 años que vivió; y la

publicación parcial en 1996 de las cartas de Ofélia a Fernando<sup>2</sup> arrojaron luz sobre tantos lados de sombra y dinamitaron el punto de vista unidireccional —cartas de él a ella— que hasta entonces contemplaban sus biógrafos, sobre todo en lo que concierne a la llamada «segunda fase», el periodo comprendido entre 1929 hasta prácticamente la muerte del poeta. Sin embargo, desde esa fecha de 1996 en la que se da a conocer ese otro punto de vista —el de ella—, pocos han sido los que han entrado a valorar en su justa medida la figura de Ofélia Queiroz.

Desde su fallecimiento a nuestros días, el Destino, que tan negado le fue en vida, ha convertido a Pessoa en una de las voces más poderosas de la literatura universal del siglo xx, y en el escritor portugués de todos los tiempos de mayor reconocimiento junto a Luís de Camões. Desde 1985 sus restos mortales descansan en el claustro del Monasterio de los Jerónimos, junto a los grandes de la patria portuguesa, como Vasco de Gama o el propio Camões. La difusión de sus obras es constante, cada vez en más idiomas, cada vez en más cuidadas y rigurosas ediciones, y no dejan de salir a la luz textos inéditos que hacen aún mayor, si cabe, su dimensión y hasta su leyenda. Ofélia, que llevó una vida discreta y anónima, coherente con su condición pequeño-burguesa, jamás utilizó su vínculo con Pessoa en beneficio propio, ni aireó detalle alguno de

---

2. Un total de 110 cartas, pero, en las notas introductorias a la edición, Manuela Nogueira, sobrina de Fernando Pessoa, hablaba de la existencia de «230 cartas, 46 postales, varias pequeñas notas y dos telegramas», y explicaba que fueron seleccionadas las que tenían relación con las cartas ya publicadas de Fernando Pessoa y todas aquellas que tenían un interés evidente, excluyendo las que resultaban ilegibles y las anodinas o repetitivas en su contenido. Finalmente, la totalidad de cartas ha sido publicada en 2013, en una edición especial y muy cuidada de la editorial brasileña Capivara, y esta edición de *Un amor como éste* ya ha tenido en cuenta el material completo.

su intimidad ni de su vida privada, por respeto tanto hacia su marido como hacia sí misma, pero sobre todo por respeto a la palabra dada, por mucho que *Fernandinho* acabase convertido en el gran Pessoa, figura, casi caricatura de sí mismo, explotada hasta el hartazgo por la cultura oficial o de Estado.

La sobrina-nieta de Ofélia, Maria da Graça Queiroz (hija del poeta Carlos Queiroz), que fue para ella como la hija que no tuvo, recuerda que sobre todo en la década de los ochenta a su tía-abuela se le acercaron estudiosos, investigadores, periodistas, escritores, profesores y lectores, para obtener de ella alguna revelación. Pero Ofélia solo pedía que la dejaran tranquila, llegando incluso a rechazar sustanciosas ofertas de la televisión brasileña para ser entrevistada. Fiel al recuerdo del gran amor de su vida, jamás especuló con el nombre de Pessoa.

Un amor como éste fue, sin embargo, tan sencillo y tan complicado como cualquier relación entre un hombre y una mujer, con las mismas grandezas y miserias, con los mismos condicionantes biológicos y psicológicos, sublime y ridículo por igual; un amor común, atemporal y universal, que daba otra vuelta de tuerca al complejo mecanismo de la personalidad del poeta, puzle de (en palabras de Richard Zenith) «existencias inexistentes» que no encajan y en el que, como en uno de esos dibujos de M. C. Escher, no se sabe dónde termina la persona y empieza el personaje, como la mano que se dibuja a sí misma y viceversa, o las huellas que se borran en la playa de todas las memorias cuando la marea de los años sube, en uno de esos mares que, al contemplarlos, como diría el mismo Pessoa en sus versos, nos traen siempre añoranzas de lo que no veremos nunca.

A partir de la correspondencia entre ambos, del testimonio dejado por la propia Ofélia Queiroz, de los recuerdos e impresio-



nes de familiares, amigos, conocidos y biógrafos, así como de la obra del propio Fernando Pessoa, muy especialmente partiendo de la consideración de diario íntimo del *Libro del desasosiego*, esta novela reconstruye eso, un amor como éste. Y lo hace desde el más profundo de los respetos y con la máxima preocupación por concebirlo lo más fielmente posible a como, cabe suponer, sucedieron los hechos, dejando que el lector se forme su propio juicio y saque sus propias conclusiones. No hay hipótesis sobre la que trabajar ni planteamiento teórico que defender, precisamente porque la narración de esta historia la hace un novelista y no un especialista en Pessoa, y la mirada que prevalece es, por tanto, literaria. Lejos de contribuir a agrandar la bola de nieve, y huyendo de la fascinación por el aura de misterio que le envuelve, en este intercambio epistolar nos encontramos con un Pessoa más humanizado que en cualquier otro contexto, y es así como se intenta mostrar en esta novela, porque es así como él, al conservar la totalidad de las cartas, al dejarlas a buen recaudo junto a su infinito legado, quiso tal vez que ocurriese en la posteridad. Frente a las brumas del pasado y la idolatría del presente, la realidad de las cartas.

Digamos que pongo a pasear a Fernando y a Ofélia por esta Lisboa aquí revisitada y dejo que les lleve la corriente, como a dos transeúntes más, de ese río humano que era cualquiera de las arterias principales de la Baixa o del Chiado en 1920 o en 1929 a la hora del cierre de oficinas y comercios. Les pongo a pasear y les sigo, a una distancia prudencial pero suficiente para no confundir a esta pareja con tantas otras que pasean o se encuentran o desencuentran y que con certeza sentían y padecían de manera similar, y me siento al lado de ellos en los cafés y tranvías para pegar la oreja y no perder el hilo... o mejor dicho, para coger al vuelo la última conversación, que invariablemente

habría de continuar en la siguiente carta, escrita febrilmente esa misma noche.

Les observo, leo sus cartas, dejo volar la imaginación, reconstruyo, pateo Lisboa y recojo las migas que dejó el poeta a la entrada de ese laberinto que fue su obra (*organizar de tal manera nuestra vida que sea para los otros un misterio, que quien mejor nos conozca solo nos desconozca más de cerca que los otros...* cita, como tantas otras a lo largo de la novela, en cursiva o puestas en boca de Pessoa, del *Libro del desasosiego*)<sup>3</sup> y me dejo extraviar hasta naufragar para valorar el grado de ridiculez (o no) que cabe atribuirle a estas cartas, para entender la grandeza y la miseria de este amor, para concluir que solo los que nunca escribieron cartas de amor son ridículos, pero sobre todo para entender también el insólito mecanismo que mueve los designios del Destino, y sacar así en claro, a modo de cuaderno de bitácora, algunas coordenadas que nos orienten, a nivel personal, en naufragios futuros, o, al menos, nos ayuden a sobrellevarlos con entereza. Me dejo atrapar en su tela de araña para acabar haciéndome la inevitable pregunta que se hace cualquiera que se acerque seriamente al estudio de la figura de Pessoa (como la que se hace Antonio Tabucchi en *Un baúl lleno de gente*: «Llegados a este punto, quizá los pocos amigos que creían conocerlo, que sabían de él no solo los aspectos públicos del intelectual, sino

---

3. Como explico en la introducción de la antología de fragmentos del *Libro del desasosiego* publicada por la editorial Funambulista en 2014 (subtitulado *Un día en la (no) vida de Bernardo Soares*), creo que es un secreto a voces en el mundo literario que tal vez sea este, en realidad, el libro más importante escrito en todo el siglo xx. Pero yo me aventuro a decir que, dado que se dice que Pessoa fue un adelantado a su tiempo, el *Libro del desasosiego* tal vez no sea un libro del siglo xx, sino del xxi, o quizá del xxii. En cualquier caso, *Un amor como éste* es o «sirve» también como antología personal de la obra poética de Pessoa, amén de ser una «biografía encubierta» del mismo.

también el aspecto privado del hombre, ese «tono menor de una condición de empleado patológicamente respetuosa con el ritual», los amigos al corriente del deambular de ese empleado de oficina tan previsible (el sombrero, el traje oscuro, la habitación alquilada, la parada en el café —siempre el mismo— para las cuatro charlas), probablemente habrán experimentado una cierta desorientación: ¿Pessoa: quién es este hombre?»).

...Fernando Pessoa, ¿quién era este hombre?...

...Sin querer o saber asumir que tal vez la respuesta ya nos la proporcionó él mismo, y muy claramente, en esa «autobiografía sin acontecimientos» que es el *Libro del desasosiego*:

*Soy los alrededores de una ciudad inexistente, el prohibido comentario a un libro que nunca se escribió. No soy nadie, nadie. No sé sentir, no sé pensar, no sé querer. Soy una figura de novela aún no escrita, existiendo en el aire y deshecha sin haber existido entre los sueños de quien no supo completarme.*

Enciendo la vela, pero no hay más cera que la que arde. Sirva esto de aviso para navegantes: nada de golpes de efecto y juegos de adivinanzas. Trucos literarios, los justos. Yo pongo todas las cartas sobre la mesa, y ofrezco a Pessoa en estado puro (un Fernando íntimo y hasta cercano, pero sí, también banal), reconstruyendo piedra a piedra la relación para acabar abriendo esta otra interrogante, no menos profunda, no menos fascinante:

...Ofélia Queiroz, ¿quién era esta mujer?...

Y la respuesta, en este caso, nos la proporcionan, en primera persona, sus cartas. Y si algo de homenaje este libro tiene, es el que se le tributa en primer lugar a Ofélia, *Ofelinha... Bebé, bebecito, Niniña pequena, mi querido amor...*<sup>4</sup> Porque creo que ya es hora de que se la escuche y se la reconozca. Ella, que ocupa un capítulo significativo

---

4. De las cartas de Fernando a Ofélia.

aunque ninguneado en la biografía del escritor portugués y cuya vida ha trascendido por el hecho azaroso de amar a un hombre singular, pero con una vida común, a quien la genialidad literaria ha hecho inmortal, no murió, sin embargo, con el poeta, ni se limitan sus méritos a haber sido ungida por la gloria póstuma del mismo como la mujer con la que no decidió casarse. Pese a que fue víctima más o menos resignada de la moralidad de su tiempo, y por tanto su actitud ante el amor y la vida tenía mucho de cándido y pusilánime, la vida de Ofélia Queiroz también fue plural, pues ella, que atravesó prácticamente todo el siglo xx (nacida en 1900, murió a los 91 años de edad), fue una mujer extraordinaria, como toda persona que consigue mantenerse íntegra hasta el último suspiro.

Se conoce a Ofélia Queiroz por ser el único amor de Fernando Pessoa, escritor universal que murió en 1935. Pero de 1935 a 1991 hay toda una vida (o incluso dos, como veremos), y prácticamente nada contado sobre ella. Maria da Graça, consciente de la dimensión que a ella también le alcanza por la circunstancia de haber sido su tía-abuela el «único amor», trabaja en una biografía de Ofélia Queiroz; pero hasta que esta vea la luz, sirva la presente novela como reivindicación de su figura.

Contar, por mi parte, con el reconocimiento y la simpatía de la familia Queiroz es una de las mayores satisfacciones que me ha reportado sumergirme en esta historia. No exagero si digo que Ofélia Queiroz podría llegar a ser un personaje de la dimensión vital de una Emma Bovary o de una Anna Karenina, o de alguna de aquellas heroínas anónimas de los relatos de Guy de Maupassant, un autor, por cierto, tan admirado por Ofélia.

...Yo no te considero un hombre normal, y como tal no espero de ti banalidades o futilidades. Si a veces me lamento, es por lo mucho

que te quiero, y no sé decirte que quedé contenta por no haberte hablado, o no haber recibido noticias tuyas. Yo no sé querer así. No es de extrañar que queriéndote mucho, sienta gran pena por no habernos visto. Pero tu carta de hoy me hizo bien, ahora esperaré con más resignación. Porque yo esperaré a Fernandinho el tiempo que sea necesario...<sup>5</sup>

Que así sea depende de usted, lector, lectora, que a través del placer de la lectura se haga posible el milagro cotidiano de la creación.

Por último, y a modo de «agradecimientos», no puedo dejar de mencionar la extrema amabilidad con la que fui y sigo siendo atendido en mis pesquisas, tanto por el personal de la Casa-Museo-Biblioteca Fernando Pessoa, allá en la rua Coelho da Rocha, como por el departamento de documentación del *Diário de Notícias* de Lisboa. A todos ellos, *muito obrigado*.

Gratitud, también, hacia el maestro Jorge Eduardo Benavides, por transmitirme el oficio, y a la escritora Vanessa Monfort, por ponerme en su día en contacto con él.

A Pilar Gómez, viuda de Ángel Crespo, y a los escritores Antonio Tabucchi (tristemente fallecido en marzo de 2012, al poco de pedirle que prologase esta novela sin ser conocedor de su delicado estado de salud), Richard Zenith y Maria da Graça Queiroz, por la información aportada, las aclaraciones realizadas y las palabras de ánimo.

A Max Lacruz, por su apuesta incondicional y su clarividencia y rigor como editor.

A los escritores Eva Losada Casanova, tan pessoana perdida, por compartir conmigo su punto de vista sobre Ofélia y regalarme

---

5. Extracto de una carta de Ofélia a Fernando.

unas líneas sobre ella, aportadas a esta novela, y Javier Ruiz Martín, por las providenciales sugerencias y correcciones al texto final.

A Isabel Lacruz, traductora al castellano de las cartas de Pessoa a Ofélia Queiroz, material que amablemente ha puesto a disposición en la presente novela.

Y a todos los estudiosos, investigadores y expertos en la vida y obra de Fernando Pessoa, por ir asfaltando e iluminando tantos tramos del laberinto, gracias a ellos ya transitables, en ese *work in progress* que es el descomunal legado de Pessoa. Aprovecho para pedirles comprensión por las inevitables torpezas cometidas en esta tentativa de revivir una historia que aconteció en la sombra hace casi un siglo, y por cuantas licencias me haya podido permitir en mi condición de novelista.

LUIS MORALES  
Madrid, marzo 2015

PRIMERA PARTE

LISBOA, 1920





## Capítulo I

BAJABA POR LAS RUAS concurridas de la Baixa, esa Baixa de los comerciantes, la emergente clase media, los banqueros y los burócratas; del barrio más racionalista de Lisboa, centro comercial, financiero, cultural y turístico de la ciudad; por su arteria principal de entonces, la rua do Ouro. Y bajaba observando todo a su alrededor, como si estuviese de excursión en otra ciudad: sus elegantes comercios, las solemnes fachadas de los bancos, el bullicio de sus terrazas, sus cafés decimonónicos o populares y, cómo no, el paisanaje, esa mezcla de unos con otros, arriba y abajo, derecha e izquierda, Baixa lisboeta siempre en la cuerda floja de los temblores, las inundaciones, los corrimientos de tierras, las crisis financieras, el capitalismo incipiente... Y bajaba en compañía de Matilde, una empleada de la casa de su hermana Joaquina, hermana con la que Ofélia vivía por entonces y madre del futuro poeta Carlos Queiroz, e iba acompañada a esa entrevista para vacante de mecanógrafa y

traductora anunciada en el *Diário de Notícias* en la primera quincena de noviembre de 1919 porque no era costumbre de la época que las señoritas de buena familia anduvieran solas por la calle.

Había nacido en Lisboa con el siglo, en la rua das Trinas, el 14 de junio de 1900, si bien sus padres procedían de Lagos, allá en el Algarve, el dulce sur lusitano. Tenía, pues, diecinueve años, y ella se veía a sí misma alegre, desenvuelta e independiente, lo cual le hizo tomar (contra la voluntad de sus padres y de la familia) la decisión de trabajar, no porque precisase hacerlo, pues siendo la más joven de ocho hermanos y la única soltera estaba muy mimada y tenía todo lo que quería, sino por eso mismo, para tener experiencias propias. Como este paseo por el corazón de la ciudad con Matilde. No se adscribía, en eso, a la mentalidad de las señoritas de la época, la que le había (época y mentalidad) tocado vivir, la propia del *sexo débil* en la Lisboa de 1919: chiquillas en edad casadera, con la ambición de la boda con un marido de *possibles* y la esperanza de abandonar, para quien llegaba a tenerlo, el rutinario empleo y dedicarse a las labores y la modorra del hogar, el cuidado de la prole y seguir, por toda expectativa intelectual, los folletines del periódico *O Século* y acudir con las amigas de conveniencia a las sesiones matinales del *Condes*.

Ofélia concluyó el primer grado de la instrucción y, aunque su deseo era ser profesora de Matemáticas, no dejó de lado materias como el Francés y el Inglés, pues tenía la inquietud de estar al día. De hecho, había completado el 5º año de Francés; escribía y hablaba correctamente el francés comercial, escribía a máquina en toda clase de teclados y con máquinas de cualquiera de los fabricantes de la época: Remington, Royal, Fox, Underwood, Smith Premier, Yost, Adler, Corona, Lower... y sabía también, efectivamente, un poco de inglés. Había recibido ella misma el día anterior, estando en casa, la respuesta a su candidatura:

*Para asunto de su interés haga el favor de pasar por nuestra oficina de la rua da Assunção 42, 2ª planta, a las dos de la tarde de mañana miércoles...*

Se trataba de un negocio de brocas, Félix, Valladas & Freitas, Lda., que todavía estaba dándose a conocer y que al cabo de apenas tres meses quebró, pues Lisboa vivía un momento de euforia en lo económico y mercantil, especialmente por la intensidad de las relaciones comerciales con Inglaterra, en el que las empresas y los negocios nacían, crecían, se multiplicaban y morían cada día en los pisos de la Baixa reconvertidos en oficinas, principalmente para negocios más o menos volátiles de «comisiones, representaciones y consignaciones». Se había iniciado la importación regular de acero, automóviles, carbón, hierro, aceite, papel, maquinaria agrícola e industrial... En los altos de cada tienda, en las segundas plantas de los edificios de las musculosas ruas do Ouro, Augusta o da Prata, había una buena cantidad de empleados «mangas-de-alpaca» acodados sobre un mundo de sobrescritos, cartas comerciales, guías de remesas, albaranes y facturas. Esa Lisboa era, o pretendía ser, una suerte de sucursal de París en los confines de Europa donde la tierra termina y empieza el mar, una hermana pequeña de la eterna *Ciudad de la Luz* que se dejaba querer también por el pariente anglosajón.

Sin embargo, el país, Portugal, es un pueblo que padece el dolor de lo infinito. Dolor como del que finge que es dolor el dolor que de verdad siente. Dolor crónico, en cualquier caso. Seguía siendo un pequeño país y, pese a estar abandonando la economía agraria e iniciando su primer gran ciclo de industrialización, la revolución industrial del siglo anterior en buena parte del continente

lo había expulsado aún más a la periferia de Europa. Pero, siglos atrás, había sido todo un imperio marítimo. En el mes de enero de 1920 comenzaron a impartirse una serie de conferencias, organizadas y patrocinadas por el *Diário de Notícias* bajo el lema *O problema português*, expuestas por eminencias de la época, que con periodicidad semanal se celebraban en la sala noble de la Academia de las Ciencias de Lisboa y a las que acudía lo más granado de la sociedad civil y militar portuguesa. La primera de ellas, de 11 de enero, fue impartida por el señor doctor Silva Teles bajo el título *A terra portuguesa: a unidade da pátria*, y explicaba cómo las diferencias geofísicas entre España y Portugal condicionaban el grado de desarrollo de uno y otro país. La conclusión venía a ser esta: fue por la autonomía geográfica de Portugal por lo que surgió la patria portuguesa en el contexto de la Península Ibérica...Y es que había en esa época (sí, también en esa) una gran necesidad de marcar el territorio y legitimar la diferencia, dado que la sombra de España, siempre alargada, de donde nunca llega «ni buen viento ni buen casamiento», ha sido para Portugal, es, y probablemente seguirá siendo, tan influyente como amenazante. Lisboa, de hecho, acababa de sufrir en 1919 un tercer brote de gripe neumónica que sumó otros 700 muertos, gripe que entró en el país en 1918 por el Alentejo, procedente de... España.

La Lisboa de entonces tenía más de Londres o París que de Madrid, si bien el poeta Alexandre O'Neill diría de ella que era una «Nápoles por suizos habitada». En cualquier caso, Lisboa es siempre Lisboa. Pero en aquel Portugal de 1919 la gente todavía se moría de enfermedades como la meningitis, la tuberculosis, la hepatitis, la neumonía, y si se descuidaban, hasta de un mal resfriado. No había familia que no se viese tocada o mermada por alguno de estos padecimientos.

Cuando Ofélia y la asistente llegaron a la oficina de Félix, Valladas & Freitas en la rua da Assunção 42, y llamaron a la puerta del segundo piso, todavía estaba cerrada con motivo de la hora del almuerzo, razón por la cual tuvieron que esperar en el rellano. Faltaban cinco minutos para las dos de la tarde. Ofélia, estirándose el vestido elegido para la ocasión, de tonos claros y lazo cerrado, con manga francesa y escote cuadrado, elegante y discreto, que le hacía aparentar más edad de la que tenía, extrajo de nuevo la nota que le habían hecho llegar y se la leyó a Matilde en voz alta.

—A las dos de la tarde de mañana miércoles... Esperemos pues. Y si terminamos pronto, todavía nos podemos pasar, camino de casa, a echar un vistazo a las rebajas de los Armazéns Grandella, ¿qué te parece?

Se sonrieron.

Ofélia era de escasa estatura y más bien delgada, de brazos y piernas rollizos. Sus ojos, muy despiertos, eran tan oscuros como su cabello; los labios, carnosos y sensuales, y las orejas más grandes que pequeñas. Su voz estaba hecha de brisa que acaricia la cebada, forjada en un portugués correcto y sin un acento específico. Se había aplicado unas gotas de *Nally*, su perfume habitual, y desprendía un olor muy agradable y persistente.

Tras apenas un par de minutos de espera, vieron subir por la escalera a un señor todo vestido de negro (sabría Ofélia más tarde que estaba de luto por el padastro, el comandante João Miguel Rosa, que había fallecido en Pretoria el 5 de octubre anterior), con un sombrero de ala retorcida como con dobladillos, gafas y pañuelo al cuello. Al andar, parecía no pisar el suelo, y traía —cosa que ella encontró de lo más natural— el pantalón cogido por polainas. Aquella imagen le dio unas ganas terribles de reír, y solo con gran esfuerzo consiguió responder que venía en

respuesta al anuncio, cuando el señor, tímidamente, le preguntó qué deseaba.

Esa fue la primera imagen que tuvo de Fernando: la de un señor estirado y remilgado, pero impecable, que parecía venir de jugar a las canicas con la chiquillería del barrio. Un Fernando que, recién cumplidos los treinta y uno y ya en plena madurez, continuaba siendo el mismo ser frágil de cuando tenía veinte: piernas delgadas y andarinas, ligeramente encorvado, tórax retraído y una frente de profundas entradas, donde el cabello se implanta, alto, en la línea del cráneo y se reparte en olas que le caen por encima de las orejas finas como paréntesis que encierran un rostro en el que la fragilidad de las gafas —lentes gruesas, sin aro— crea una especie de intocable delicadeza, dentro de ese contraste tan acentuado entre su fragilidad física y el ardor hermético de su espíritu. No era guapo ni feo: simplemente invisible para las mujeres... como las mujeres para él. Ese Fernando que semanas después, el 13 de enero, compuso el siguiente poema:

*Otros tendrán  
un hogar, alguien quién sane, amor, paz, un amigo.  
Entera está la soledad, tan negra y tan  
fría conmigo.*

*Otros tal vez  
algo cálido esperen, igual, afín, aquí  
en el mundo real. Nunca la vez  
me llega a mí.*

*«¿Qué importa?», digo.  
Y solo sabe Dios que no lo creo.*

*Mas venir a mi puerta a algún mendigo  
yo nunca veo.*

*«¿Quién iría a venir?».  
La pena no es menor por reconocida.  
Sufre quien finge despreciar sufrir  
mientras no olvida.*

*¿Esto hasta cuándo?  
Pues solo alivio me da  
que mis ojos se van acostumbrando  
a estar a oscuras.*

Les hizo entrar y, muy atento, les dijo que esperasen un poco, porque él no era el encargado de la oficina. Venía de almorzar sopa de gambas y lenguado frito en el Leão D'Ouro, acompañado de licor, aguardiente *Velha de Medronho* porque el *Águila Real* se les había acabado. Al cabo apareció el señor Freitas, Mário Nogueira de Freitas da Costa, como un Papá Noel en blanco y negro, irrumpiendo por la chimenea del salón, uno de los socios del negocio y primo de Fernando. Preguntó quién era la interesada.

—Soy yo, señor —contestó Ofélia, con toda la frescura de sus 19 años.

Y así fue como dio comienzo la entrevista.

Fernando estuvo presente, sentado en una silla, orientado hacia Ofélia, y con una ligera sonrisa dibujada en el rostro, como si le encontrase gracia a todo aquello, como si fuese una representación teatral o un juego infantil en el que le apeteciese participar. Fue en aquel momento cuando tuvo mejor ocasión de fijarse en su aspecto: su baja estatura, sus formas torneadas, su rostro limpio de

maquillaje, sus ojos dulces, los labios, esa cadencia en el hablar, su olor...

—¿Por qué quiere trabajar, si no lo necesita? —le preguntó el señor Freitas en un momento de la entrevista y en tono paternal. Era afable este señor Freitas, tal vez por la lozanía de la entrevistada, pues sabía ponerse duro cuando la ocasión lo requería; un hombre procedente de las Azores como él, ya ducho en la actividad comercial, difícil, por tanto, de sorprender o inquietar.

Y entonces ella, cogiéndose las manos cruzadas sobre la mesa para contener los nervios, con mayor firmeza en la voz y la espalda más recta, explicó, a su manera, que quería quebrar la monotonía de sus días acomodados, que aspiraba a ser excepcional dentro de su convencionalismo; y explicó, también a su manera, la formal que requiere una entrevista de trabajo, pero también a la manera de entender de Fernando, que quería comenzar a pensar y tomar decisiones por ella misma.

\*\*\*

Pasados tres días, llamaron a Ofélia para que cubriese la vacante. Si bien, en un principio, solo querían pagarle 15 escudos al mes, fue el propio Fernando quien medió para que finalmente le pagasen lo que ella estimaba acorde con el puesto y su capacitación, es decir 18 escudos, a pesar de que se padecían todavía los coletazos de la inflación y la reducción de los salarios como efectos secundarios de la finalización de la Primera Guerra Mundial.

Y fue el propio Fernando, también, quien la recibió el día de su incorporación.

Ya estaba allí cuando Ofélia llegó, como si hubiese ido antes para esperarla. En realidad, se había despertado pronto, de modo